

Silencio, vacío y mestizaje

MIGUEL ESCUDERO*

En algunos asuntos emergen con fuerza opiniones que se tienen por modernas pero que cargan con muchos siglos a sus espaldas. Es corriente, por ejemplo, negar lo absoluto de forma indiscriminada, se oye y se lee que no hay verdades o falsedades absolutas (una antigua sentencia que también es absoluta). De ello se deduce que todo es relativo y que en consecuencia todo está permitido, sin embargo nadie ignora que vivimos en medio de numerosas prohibiciones. Sucede que, con adecuadas trampas, las contradicciones no cuentan en absoluto porque se *borran* o se camuflan.

Está extendida la idea de que no existe ninguna religión verdadera. Acaso se tema que, de haberla, pudiera inferirse el permiso a la intolerancia y la crueldad de los *religiosos verdaderos* contra los demás mortales. Lo cierto es que la certeza o incertidumbre que se tenga sobre tal cuestión sólo puede ser *íntima* e invita al silencio, a bajar la voz, a callar y no abandonar el estado de sospecha y búsqueda de la verdad. Desde las posiciones de rechazo de lo absoluto, el cristianismo puede ser visto como “un fragmento más dentro del infinito tapiz que compone el universo de lo religioso”. La religión ha sido definida como cita del hombre con lo sagrado, pero lo sagrado es lo pleno y absoluto, algo

* Profesor de Matemática Aplicada de la Universidad Politécnica de Barcelona.

que no admite rebajas ni superación y que está libre de comparaciones. Esta cita sería inevitable para todos en el caso de *existir lo sagrado*. El ensayista barcelonés Eugenio Trías cree desde su laicismo que el misterio de la encarnación merece repensarse contemplando a Cristo, el Ungido, como límite y mediación entre el mundo y el misterio. Asimismo considera el misterio de la Santísima Trinidad como la mejor enseñanza del cristianismo, pues reclama “admiración, asombro y vértigo” e insta a “pensar a Dios con categorías temporales”, pasado, presente y futuro. Por eso dice que el Dios cristiano es el Dios del tiempo y por tanto —cabría agregar— de la historia.

En *Sobre la razón histórica*, Ortega afirmó que “el futuro no existe sino en el presente, porque *existir y ser presente* son lo mismo. Pero lo que existe como futuro es, precisamente, lo aún inexistente. De ese futuro sólo existe ahora ‘nuestro esperar’ y ‘nuestro temer’”. Y como el hombre es, ante todo, futurición; es, ante todo, un enjambre de esperanzas y temores”. En estas páginas, escritas durante la Segunda Guerra Mundial, afirma que “el hombre comienza por ser ‘el que aún no es como tal’. Es la existencia de una inexistencia”. Se trata de una explícita y paradójica formulación a la que se aproxima esta otra: “Nuestra existencia es a la vez una no existencia”. Su autor es Keiji Nishitani (1900-1991), un profesor de filosofía adherido a la Escuela de Kioto, una corriente del pensamiento japonés que a finales del siglo XIX emprendió la tarea de abrir una puerta oriental que asimilase la tradición filosófica de Occidente. Su promotor más destacado fue Nishida (nacido el 17 de junio de 1870 y fallecido pocos meses antes de la rendición japonesa a los norteamericanos) que empapó de budismo zen su síntesis de Henry Bergson y William James.

En su obra *La religión y la nada*, Nishitani se pregunta qué es la religión y se contesta que es un *vacío que nada puede llenar*. Su rasgo distintivo, aclara, reside en que se sitúa al margen de la mera vida de la naturaleza y de la cultura. Encuentra que *todas las cosas* están vinculadas y que son gobernadas por un orden místico, “por lo que Dios puede ser visto en las cosas más triviales”, también en el atardecer de la vida. El psiquiatra Claude Olievenstein se refiere en su libro *El nacimiento de la vejez* al encogimiento vital. En ese vagar *final* alude al recogimiento místico, quizá desde el descreimiento: “No conozco nada más conmovedor, más incitador a la conversión, que esos cantos litúrgicos que se escapan al crepúsculo, entre dos luces, de los gruesos muros de la abadía para proclamar el valor del renunciamento, la sumisión a Dios por la sumisión a la Regla. Sólo hay que mostrarse humilde, vagamente incómodo de no ir nosotros mismos hasta el final del camino”. Nishitani, familiarizado con la mística cristiana y el existencialismo, subraya que “la idea del hombre como persona es, sin duda, la concepción más elevada del hombre que haya sido concebida hasta ahora”. Si ser persona es poder ser más, y por tanto poder superar la naturaleza, al animal con vida humana le corresponde poder culminar la suya con libre plenitud, en un regreso a lo absoluto y lo sagrado. Pero en nuestras actuales dimensiones esto no tiene demostración que nos obligue al asentimiento. De ahí se deriva una sensación de *vacío* que no podemos llenar, pero que fortalece el sentido de lo concreto dentro de una invisible red mágica.

La posibilidad de la existencia del ser, afirma Nishitani, descansa en el vacío. En busca de una lógica para la experiencia religiosa, el pensador japonés ve el budismo como la religión del *más acá* absoluto. La cuestión no

sería hablar de religión verdadera sino de vida religiosa verdadera, la cual exige vaciarse de uno mismo. Esta vacuidad (*sunyata*) lleva a cada uno a ser un centro absoluto, sería “la unicidad absoluta de las cosas, es decir, su realidad”. Nishitani destaca que Dios se habría vaciado, no habla de criaturas amorosas, pero habla de la posibilidad de que el ser humano sea la viva imagen de Dios: “el nacimiento de Dios en el alma ya presenta una descomposición de la egoidad o voluntad del yo, egocéntrico del alma”. Se refiere al Cristo vivo en el interior de un alma, el cual, dice, no incluye sólo al Dios pleno de la Trinidad, sino también a la deidad. Y la deidad es “el lugar en el interior de Dios donde Dios no es Dios mismo”.

“La mismidad —prosigue Nishitani— se descubre como algo que no puede ser totalmente expresado con el lenguaje habitual de la razón, ni con ningún lenguaje que contenga forma lógica. Si de todas formas nos viéramos obligados a expresarlo con palabras, sólo podríamos hacerlo en términos de una paradoja, como ‘no es esta o esa cosa, luego es esta o esa cosa’”. Así, por ejemplo, el ojo es un ojo luego no es un ojo. Se trata de que el ojo no se ve a sí mismo, si pudiera hacerlo no sería capaz de ver nada más. El ojo necesita para verse de un espejo o bien tener enfrente otro ojo que lo refleje. Me resulta inevitable recordar ahora a Unamuno y los proverbios y cantares que Antonio Machado dedicó a José Ortega y Gasset, en especial cuando dice que “los ojos en que te miras son ojos porque te ven”. El propio Machado pide luego a cada cual: “busca el tú que nunca es tuyo ni puede serlo jamás”, el *vacío* que en silencio está destinado a la unidad.

Entre el silencio y el ruido, lo vacío y... lo ocupado, emerge el siglo XXI con sin iguales posibilidades de comunicación y por tanto de mestizaje. Toda empresa *humana* siempre es

plus ultra, va más allá de sí misma pero también más acá. La ciencia, por ejemplo, está *obligada a desatender* tanto entre lo que tiene delante como entre lo que se supone más allá. Hay en sus varios ámbitos enigmas *caducos* y asuntos sobre los que no puede *concluir* con su cuenta y razón. Frente al azar y la necesidad reclama paso en la ciencia el concepto de contingencia o posibilidad. El trabajo científico requiere al igual que el literario de *horas solitarias*, pero ya no puede ser la obra de un anacoreta o de un Robinson. La ciencia se fragua en los laboratorios de bioquímica, ingeniería, física o... matemáticas, obras de equipo. Pero nadie debe olvidar que cada uno es un yo. Para superar la esclavitud de los estereotipos y vencer los abismos culturales es preciso integrar con gracia y nervio las virtudes de formas diversas de entender o mirar. El profesor John Allen Paulos, autor de *El hombre anumérico*, muestra desprecio e inquietud en su último libro, *Erase una vez un número*, por “esos despreocupados tecnófilos tan identificados con el progreso impersonal de la ciencia que se olvidan de sus historias y asuntos personales”. El jovial y laico Paulos afirma que *somos las historias que oímos* y quizá sepa que la información se propaga más despacio que la vibración. Destaca que para dar un sentido intenso y vivo a la matemática aplicada, a las aplicaciones de la probabilidad y la estadística, hay que hacerse con una historia y un argumento, esto es, hay que hacer con ellas un asunto personal. Hay, en cambio, muchas historias que no necesitan de números para alcanzar un significado pleno, pero ciertas descripciones —señala Paulos— pueden “desestimarse por anecdóticas si carecen de estadísticas de apoyo”.

Entre estos dos polos de cifras y letras, recurre a un sugerente concepto estadístico: el de error de tipo I (rechazar una verdad) y el error de tipo II (aceptar una falsedad).

Paulos cree probable que quienes detestan con mayor ahínco cometer errores de tipo I prefieran las historias a las estadísticas; al revés sucedería con quienes abominen más de los errores de tipo II.

En todo caso, sería interesante volver la mirada a la metáfora de la muñeca rusa, “la gran mujer magnánima” que para Ramón Gómez de la Serna era símbolo de su proyecto literario y personal: “Hay en su corazón —decía— una simpática aglomeración de corazones”. Y esa generosidad nos impide caer en el engaño terrible, “en la apariencia de solución concreta que es la crueldad”. Por eso espero que emerja con fuerza en este nuevo siglo un sonoro y elocuente *silencio*, un pleno y cálido *vacío*, un espontáneo y sobrio *mestizaje*.